



Vía Bucaramanga-Bogotá, octubre de 2012

Paletas de color

Natalia Botero

Me dejé impresionar. Me atrapó la imagen como una pintura o un grafiti de ciudad. No habría podido tomar esa foto (imagen de carátula) sin antes recrear mi gusto, sin antes haber visto todo ese color, las sombras, la puerta más que blanca que contrastaba con el muro de cemento, empezado a dañar, y la lama asomándose en el suelo, evidenciando el paso del tiempo. También los tonos saturados y brillantes, dispuestos para ser usados en la paleta de color, las prendas de vestir finamente tendidas listas para su mejor gala, colgadas delicadamente de ganchos de tanto color como la misma ropa.

Y aparece, mirándome de frente, la protagonista de esta maravillosa obra, suspendida por los ganchos de colgar prendidos en su vestido negro —que se confunden con su tono de piel—, dispuestos también como en una intención de orden cromático. Comienza a recoger la ropa, su vientre sujeto y amarrado, enseñándome que era la artífice de toda esta limpieza y orden de las prendas de vestir que esperaban para ser guardadas y usadas.

A partir de ese día comencé a ver en la cotidianidad de las calles, del campo, de los balcones, las fachadas, los patios, las cuerdas, los techos, los árboles y en cada uno de los rincones y objetos posibles (hasta en una moto), la ropa. Ese elemento que se ha vuelto como la segunda piel en nuestro cuerpo, vistiéndolo para maquillarlo de color, de forma, y para impregnarlo de personalidad. La ropa con su singular figura adorna, entonces, no sólo nuestro cuerpo, sino también el entorno.



Zona rural de Jardín, Antioquia, noviembre de 2010



Zona rural de Nariño, Antioquia, julio de 2012

A veces, sus escenarios parecen ser inapropiados para ser extendida y puesta a secar, pero cuando empiezo a interesarme por el lugar en que está expuesta y sacan a la luz pública lo más íntimo y privado de una familia, una persona o habitante del lugar, comienzo una etnografía fotográfica de lo que veo en ella y de lo que permite imaginar: desde deducir el número de habitantes, entender las dinámicas de la apropiación del espacio de quienes allí habitan y sus necesidades, hasta comprender sus recursos para el cuidado y el secado de la ropa para lograr un mejor vestir.

Con la fotografía comencé a pintar de color y formas las historias de los recorridos que durante algunos años he hecho por las rutas del país, rutas algunas llenas de dolor y sangre por el conflicto armado. Rutas que no sólo me dejaron ver el dolor sino que me confirmaron, a medida que iba pasando, que la vida continúa en un laberinto de incertidumbres y sorpresas.

Me volví casi una turista permanente que no deja escenario sin fotografiar, que busca una mirada de lo que ha sido tan cotidiano y común, pero que pasa inadvertido. Tengo esa persistencia por evidenciar de una manera estética, armoniosa y limpia una realidad poco admirada y muy necesaria. Logré darles importancia no solo a las prendas, también a las lavanderas en su oficio, al modo como se extiende la ropa y a quiénes pertenece.

Cada foto nos cuenta una pequeña historia suspendida de las cuerdas, de los ganchos o pinzas para secar, evidencia el número de personas, las edades, los gustos y sus vidas. Como lo dice Susan Sontag, “la fotografía se transforma en rito de la vida”¹, rito que permite dejar ver un poco del otro para intentar interpretar y aproximarnos a su íntima realidad. Es la ropa ese símbolo que nos representa ante los otros; por medio de ella nos dejamos identificar, nos incomodamos o nos halagamos y nos cubrimos.



Carretera Bucaramanga-Bogotá, Chicamocha, octubre de 2012



Sonson, Antioquia, junio de 2012

En cada región, en la zona costera, en las altas montañas, en la planicie y en la ciudad, así como en el campo, las imágenes de los tendedores de ropa también dan cuenta de ese espacio interior de las viviendas, dispuesto para el lavado y secado. Muchas de las viviendas no son suficientes para quienes allí habitan y por eso se recurre a otros espacios.

A través de mi mirada fotográfica revelo una realidad casi escondida para todos: la luz presente en las imágenes de la ropa deja que la ropa misma esté a la luz de la mirada de todos, en los espacios públicos. Bajo un velo de intimidad y privacidad se dejan ver paisajes llenos de color y fragmentos de vida con una armoniosa mirada fotográfica.

El lavado de la ropa se hace aún de manera artesanal en muchos lugares de Colombia: en los ríos, en las piedras, en las canecas, o en pozos de agua. Para muchos, esta labor que existió por varios siglos y que comenzó a desaparecer paulatinamente desde el siglo XVII, con las máquinas, sigue siendo un oficio digno y apreciado.

La fotografía de por sí ya nos da un mensaje, una idea de lo que sucede; permite ver y deja entredicho, de igual manera, lo no visto. “Una fotografía es efectiva cuando el momento elegido que registra contiene una partícula de verdad que es aplicable de manera general, que revela tanto lo que está ausente en la fotografía como lo que está presente en ella”, afirma John Berger², para evidenciar que por medio de ella se comprueba, se afirma, y se muestra la verdad de lo sucedido.

Referencias

¹ Sontag, Susan, *Sobre la fotografía*, Barcelona, Liderduplex, 1973, p. 18.

² Berger, John, *The look of things*, Nueva York, The Viking Press, 1972, p. 12.